

años, previniendo además, que si el monarca moría antes de terminar su reinado, gobernase la República por el tiempo que faltase, y espirado éste entrase á regir los destinos del país el legítimo sucesor.

Es de admirar que todos los monarcas toltecas, en su reinado, cumplieron el período, y uno de ellos, Mitl, lo excedió en siete años.

Muerto el primer rey casi al cumplir los cincuenta y dos años, fué enterrado con todas sus insignias y haciéndole los mayores honores.

Año 719. Ixtliquechahuac ó Izacatecatl, como legítimo sucesor, subió al trono, y en su reinado prosiguió el engrandecimiento de la Nación, y á éste sucedió el príncipe Huetzin. Poco antes (*año 771*) de la muerte de Ixtliquechahuac, el astrólogo Huetmatzin, en sus últimos días coleccionó en un gran libro que se llamó Teoamoxthi ó libro divino, los ritos, sacrificios y ceremonias del pueblo tolteca, las leyes, máximas y sentencias, catálogo de reyes y señores, los preceptos astrológicos, artísticos y científicos; en una palabra, todos los sucesos prósperos y adversos, formando de esta manera la historia de aquel gran pueblo cuya ruina igualmente predijo.

Año 825. A la muerte de Huetzin heredó el trono su hijo Totepauh, cuyo reinado fué nota-

ble por la paz y tranquilidad de que disfrutó la nación. A Huetzin sucedió el príncipe Necaxoh (*año 875*), y á este su hijo Mitl, el más sabio de los reyes toltecas, durante cuyo reinado llegó á su apogeo la monarquía. Sabio y prudente, dictó leyes memorables y extendió su poderio á muy grandes distancias; fundándose entonces villas, pueblos y ciudades, entre las cuales sobresalía Teotihuacan (lugar de adoracion), que existía ya, y que siendo como era el gran santuario de los toltecas, superó en grandeza á Tula, por sus templos, monumentos y poder. Teotihuacan no solo era notable por sus edificios y extension, sino por sus elevadas pirámides, dedicadas, la mayor al Sol, y la menor á la Luna, y tal vez los innumerables tlalteles á las estrellas, si se atiende al carácter emblemático del pueblo que nos ocupa. Estos monumentos, según manifiesto en otro artículo, eran, en mi opinion, tumbas y altares.

Para contrarrestar la supremacía que sobre la capital habia adquirido Teotihuacan, Mitl levantó el grandioso templo de la Rana, diosa de las aguas, enriqueciéndolo en su interior con adornos de oro y piedras preciosas, y con la escultura de la diosa, hecha de una esmeralda. En Tollocan se construyeron palacios, cuyas piedras labradas representaban por medio de geroglíficos,

los más notables hechos de la historia tolteca. Análogos palacios se edificaron en Cuaunáhuac y en otros lugares á que se extendia su poderio.

Los toltecas sobresalieron en las artes y en las ciencias, y eran tan diestros en aquellas, que muchos interpretan la palabra tolteca por artifice, aunque lo más probable es que signifique natural de Tollan. Fundian el oro y la plata, haciendo de estos metales curiosos objetos; tallaban las rocas más duras y lapidaban las piedras preciosas. Igualmente sobresalían en las ciencias, como lo acreditan sus trabajos astronómicos que les dió por resultado el exacto cómputo del tiempo, y el cual fué calificado por el ilustre astrónomo Laplace, de original. Dividían el año en diez y ocho períodos de veinte dias, agregaban al fin cinco dias complementarios, llamados *nemonteni* (inútiles), completando así los 365 dias del año solar; mas como este excede al período de 365 dias de poco ménos de seis horas, formaban su siglo de 52 años que llamaban Huihmolpia, haz ó atadura de años, y la edad ó vejez (*Huehuetilixtli*) de 104, agregando á estos 25 dias, de lo que resultaba solamente un dia de diferencia cada 538 años.

La agricultura prosperaba, dedicándose preferentemente los toltecas al cultivo del maíz, chile, frijol y otras semillas, así como al del algo-

don, de que obtenian tanto provecho. Las mujeres hilaban y tejian con él mantas lisas, asargadas y afelpadas, con dibujos y figuras de colores.

En la arquitectura, los toltecas eran muy diestros y construían sus edificios con piedras labradas, unas veces sobrepuestas y otras unidas con finísima mezcla; perpetuaban sus anales por medio de sus caracteres geroglíficos, y en fin, en sus leyes, en sus usos y costumbres demostraban la muy avanzada civilizacion de un gran pueblo.

En sus ceremonias religiosas excluían los sacrificios humanos, con excepcion de los que practicaban en honor de Tlalótl, dios de las aguas, que adoraban en la cumbre de una de las más elevadas montañas de la Sierra Nevada, al Este de Texcoco, y de Tonacatecutli, sacrificando al primero seis doncellas, y al segundo un criminal que era destrozado por las salientes puntas de dos rocas giratorias.

Las leyes prohibian la poligamia, y segun ella los monarcas no podian contraer nupcias por segunda vez, y tan considerado era el valor en los hombres como en las mujeres el pudor.

Una sociedad que como la de los toltecas fundaba su estabilidad en el respeto á la ley, como lo demuestran sus usos y la sucesion legiti-

ma de sus reyes, no podia ménos que ser feliz y poderosa.

La sabiduría y la prudencia fueron la guía de Mitl en su reinado, y por merecimiento de tan grandes cualidades se quebrantó por primera vez la ley, prosiguiendo aquel en el trono hasta el dia de su muerte, que acaeció 7 años despues de espirado el término de los 52 años, y por la misma causa siguió gobernando la reina viuda Huihtlalzín (año 986), con la aquiescencia de su hijo Tecpancaltzin.

Muerta la reina Huihtlalzín, cuatro años despues, tomó las riendas del gobierno el príncipe su hijo, en cuyo reinado empieza la decadencia del imperio.

Un noble tolteca, llamado Papantzin, habia descubierto el medio de extraer el jugo del maguey; y deseando hacer á su soberano un presente de ese licor, se hizo acompañar para tal objeto de su hija, nobilísima doncella, tan hermosa como su nombre, pues se llamaba Flor (Xochitl). Preséntase la dama y ofrece al rey aquel regalo, que agradó sobremanera al soberano, no tanto por el obsequio, cuanto por la bella dama que lo ofrecia. Desde luego concibió por ella una pasión violenta, y solo la meditacion de un plan para conseguir sus fines preocupaba su ánimo. Despidió al padre y á la hija, pero instándoles á que repi-

tiesen su obsequio, y que al serle de nuevo presentado, lo fuese solo por la hermosa Xochitl. Volvió ésta de nuevo al alcázar real, pero ya no regresó á su hogar. Seducida por los halagos y ofertas del monarca, hubo de ceder á sus instancias y resignarse á vivir en el lugar de recreo que le destinara el rey, quien, para ocultar sus miras, envió á decir á Papantzin, que deseando unir á su hija con un rey su vasallo, la habia puesto bajo los solícitos cuidados y educacion de una matrona. Pasó algun tiempo; y ya fuese por simples sospechas ó por el deseo de ver á su hija, Papantzin se resolvió á inquirir el paradero de ésta. Tras de largas pesquisas y valiéndose de la seduccion, logró al fin su objeto, penetrando en unos jardines, donde á la sazón se hallaba la dama con un niño en los brazos. No consintiendo en la deslealtad de su rey, dirigió á su hija estas palabras: *¿Acaso el soberano te ha puesto aquí para que juegues con niños?* Avergonzada y trémula confesó ésta su debilidad, y el noble Papantzin resolvió desde luego dirigirse á pedir al rey satisfaccion de su afrenta.

Al dia siguiente, al acabar de escuchar Tecpancaltzin la queja del anciano, le consoló ofreciéndole que no tomaria esposa, y que el hijo de Xochitl (que habia recibido el nombre de Meconetzin, ó sea hijo del maguey), seria su heredero.

Al espirar el término de los cincuenta y dos años de su reinado, Tecpancaltzin cumplió su ofrecimiento, haciendo jurar por rey á su hijo natural Meconetzin, quien tomó el nombre de Topiltzin, y fué la manzana de la discordia en el reino tolteca.

Hizose notable el reinado de este príncipe por la bondad de su gobierno en los primeros años, por su disipacion y vida disoluta en los siguientes, y por las enérgicas y acertadas disposiciones que en los últimos años dictó á fin de reparar sus faltas. Su conducta desarreglada contaminó á todas las clases de la sociedad, y el desenfreno fué tal, que los sacerdotes, á pesar de su voto de castidad, vivian públicamente con las damas principales: el vicio y los mayores escándalos reinaban por todas partes; desórden que naturalmente iba precipitando rápidamente á la nacion en un abismo, tanto como ántes la industria, el trabajo y el respeto á la ley la habian elevado á su mayor esplendor.

A este principio inevitable de decadencia del pueblo, se siguieron algunas calamidades como un justo castigo de sus delitos: unas veces el cielo derramó abundantes lluvias que anegaron las tierras, perdiéndose las cosechas, y otras privándole de ellas, de tal suerte, que una espantosa sequia, unida á los abrasadores rayos del sol,

arruinaron las mieses y aun las semillas que guardaban los graneros.

Para colmo de desdichas, los señores de Xalisco, de la misma raza, alegando derechos al trono de Tollan, y creyendo conculcada la ley con la exaltacion de Topiltzin, invadieron con un grande ejército poblaciones del dominio de este monarca: ni las palabras amistosas de los nobles embajadores enviados á su encuentro por el rey, ni los ricos presentes que en nombre de éste les ofrecieron, fueron bastantes á hacer desistir á los invasores de su intento; ántes bien prosiguieron éstos su marcha hasta penetrar en el recinto de Tula.

Infructuosa fué la conducta de persuasiva que respecto á los monarcas de Xalisco observó Topiltzin, encaminada á obtener de ellos el abandono de su empresa, no obteniendo del tiránico empeño de éstos, sino una tregua de diez años, concedida á fin de que pudiera prepararse á la defensa. No es de extrañar esta concesion de una raza que en mucha estima tenia el valor y la lealtad. Este pacto dió por primer resultado la inmediata retirada de las fuerzas invasoras.

Cumplido el plazo convenido, tiempo que no malgastó el ilustre Topiltzin, se aprestó para la guerra, situando convenientemente sus fuerzas y eligiendo para su cuartel general las llanuras de

Tultitlan. Apenas se avistaron las huestes enemigas, salió á su encuentro el avanzado ejército tolteca. Trábase el primer combate, dando principio á una serie de luchas encarnizadas que duraron tres años, haciendo en todas ellas los toltecas, unas veces vencidos y otras vencedores, inauditos esfuerzos de valor. Derrotado por completo el primer cuerpo de ejército, avanzan Topiltzin y el anciano rey Tecpancaltzin, á la cabeza de sus huestes, y la hermosa Xochitl guiando á las damas, que, como un cuerpo de amazonas, igualmente se disponian para el combate. Viénense á las manos unos y otros contendientes con la mayor bravura y coraje: la presencia de sus soberanos alienta y reanima á los guerreros, que con sus flechas y acertados golpes siembran por todas partes la desolacion y la muerte: las mismas damas y mujeres de los soldados, siguiendo el ejemplo de la reina Xochitl, penetran en lo más encarnizado del combate y luchan cuerpo á cuerpo con los soldados enemigos. Tres días y tres noches consecutivas, y sin momento alguno de tregua, duró la refriega, no sin recibir continuamente los enemigos nuevos refuerzos, en tanto que los toltecas no eran reemplazdos por nuevos guerreros. Agotadas las fuerzas de éstos por una lucha tan tenaz, crecia en proporcion la superioridad del enemigo, que progresivamente ganaba terreno.

Decidióse al fin el triunfo en favor de los de Xalisco, y el ejército tolteca, disperso ya, se refugió en las montañas y en los lagos, y solo quedaba en pié un corto cuerpo de ejército, que emprendió su retirada conducido por sus dos reyes y por la reina Xochitl. Este valeroso ejército, perseguido de cerca, y siempre luchando, pasó á Xaltocan; de aquí á Teotihuacan, dirigiéndose luego para las montañas del Sur, rumbo á Totolapan. El rey Tecpancaltzin y la reina Xochitl, con algunos de sus vasallos, fueron alcanzados ántes de llegar á Tultecasochitlalpam, que entiendo fué en las colinas de Tlalmanalco, y tuvieron que luchar cuerpo á cuerpo, pereciendo á manos de sus enemigos el primero, sin que le sirviera de escudo su ancianidad, y la segunda, sin respeto á su valor, á su sexo y hermosura.

¡Tal fué el fin trágico de una heroína digna de figurar en un poema!

Topiltzin se refugió en una cueva de Xico, de donde salió despues de la retirada de sus enemigos para dirigirse á Tlapalan, que, segun creo, era el reino de Aculhuacan, donde dió algunas leyes que confirmó Netzahualcoyotl, viviendo muy considerado hasta el dia de su muerte.

El resto de los toltecas se diseminó por distintos rumbos: unos se dirigieron á las costas del mar del Sur y Guatemala, y otros á Te-

huantepec, Coatzacoalco, Campeche y Xacolotlan.

De esta manera concluyó una monarquía que tan bellas páginas dejó en la historia; páginas que he recogido de la relacion histórica de D. Fernando de Alva Ixtlilxochitl.

Réstame solo hablar de los objetos que en su exploracion á las ruinas de la antigua Tollan halló la Comision nombrada por la Sociedad de Geografía, y compuesta del Dr. Manfred, presidente; Porter C. Bliss; Dr. Ord; Ziehl, y el que suscribe, como ingeniero y cronista en esta vez por ausencia de D. Eufemio Mendoza, á quien ocupaciones preferentes le impidieron acompañar á la Comision.

Las figuras 1 y 2 representan: la primera un zodiaco, y la segunda un geroglífico, cuyo objeto ignora la Comision: ambas figuras se encuentran talladas sobre basalto, hallándose actualmente en el dintel de la puerta principal del templo.

La figura 3 representa el fragmento de un utensilio de roca basáltica y de propiedad particular.

Las figuras 4, 5 y 6, constituyen el fuste de una gran columna, igualmente de basalto, de la cual solo se encuentran hasta ahora en el patio de la casa de diligencias estos tres trozos, que miden: el primero 0^m63; el segundo 0^m56, y el tercero 1^m20, y de diámetro, los tres, 0^m830.

Como puede verse por los dibujos, los toltecas

poseian un medio ingenioso para ligar perfecta y sólidamente las diferentes partes del fuste de una columna, practicando en la parte central de una de las bases un cilindro hueco, mientras que en la base contraria de otra labraban otro cilindro macizo de igual diámetro, de manera que éste ajustase con aquel.

La superficie cilindrica de los fustes se halla primorosamente tallada, admirándose en los dibujos la correccion y el buen gusto; circunstancias que constituyen una prueba de la justa fama que de buenos artistas gozaban los toltecas, hasta hacer este nombre sinónimo de aquel.

En los dibujos que tan distintamente se advierten en las figuras 4 y 6, se cree observar en pocos detalles el arte clasico de los griegos, aunque en el total se advierta particularmente el egipcio; los de la figura 5, y parte de la 6, son enteramente originales.

Los monumentos, como los representados en la figura 7, merecen una preferente atencion. Esas columnas pareadas y construidas en monolitos de basalto, en cuyos fustes se tallaron cuatro nudos ó *tlalpillis* que representan cada uno el periodo de trece años, demuestran en el conjunto de estos, bien el siglo tolteca simplemente, ó que se quiso tal vez consignar en un monu-

mento indestructible la terminante cláusula de la ley de sucesion.

La figura 8 ofrece un gran idolo, asimismo de basalto, representacion horrible y deforme de un animal fantástico.

En una roca, que á mi parecer es toba volcánica y bien tallada, se encuentra una figura que representa á un monarca con todas sus insignias. Este objeto, marcado con el número 9, existe incrustado en uno de los muros interiores de una posada de la plaza principal de Tula.

La figura 10 ofrece un geroglífico grabado en la roca del Cerro de Magoni Chico, llamado tambien de La Malinche.

En ninguna de las obras que he leído acerca de la historia antigua de México, se hace mencion de todos estos objetos. Acerca de algunos es muy natural que así sea, puesto que la mayor parte de ellos han sido desenterrados últimamente. La misma Comision promovió y presenció la extraccion de las columnas pareadas, que se encontraban ocultas por la tierra vegetal en la falda del Cerro del Tesoro y á orillas de un riachuelo.

Otro fuste de columna, igual á la figura 6, se halla á la entrada del templo sirviendo de pileta de agua bendita, á cuyo fin se le destruyeron los tallados antiguos.

La mayor parte de las ruinas del antiguo Tullan se encuentran diseminadas al O. de la poblacion moderna, frente á un lugar llamado el Salitre, aglomerándose la mayor parte en el Cerro del Tesoro.

Estos monumentos arqueológicos han sido salvados de su total destruccion por los esfuerzos desinteresados de un útil ciudadano cuyo nombre siento sobremanera no recordar.

Tal es el informe que por mi conducto rinde á la Sociedad de Geografia la Comision exploradora de las ruinas de Tula.

México, 15 de Febrero de 1873.

En este artículo he seguido la cronología de Ixtlilxochitl, que evidentemente no es exacta, atendido á que este autor escribió ántes de que el erudito y sabio Leon y Gama fijase las reglas para la reduccion de fechas mexicanas á las de la era vulgar. Sobre este asunto verán la luz pública dos trabajos de un mérito indisputable, de los señores Orozco y Berra y Eufemio Mendoza.